



escritura *en pampa*

encuentro latinoamericano de escrituras

- pampa: del quechua *panpa*; 'llano', 'llanura', 'llaneza' y (también) 'sitio del medio', 'lugar de encuentro'.
- estar en pampa: permanecer al descubierto, desnudo o apenas con lo puesto.
- escritura en pampa: a la intemperie, expuesta al buen y/o mal tiempo, al y a lo temporal, dado y datado y, en algún (sin) sentido, a la máxima irrefutable contingencia.
- escritura en pampa (bis): casi enteramente fuera de todo familiar adentro: casi fuera del mercado, casi ajena al sistema lógico o tecnológico, casi sin interlocución ni institución de respaldo (salvo... de cierto... en esta ocasión... la universidad nacional de villa maría!).
- escritura en pampa (bis bis): en la carencia extrema, sin haber nada (en) propio, sin identificación asegurada de antemano, todo tomado al paso o prestado – donde la originalidad su ilusión reitera.
- en pampa: lo que cada invitado/a halle en consonancia, precisamente en Villa María, en octubre, en el medio de la pampa.

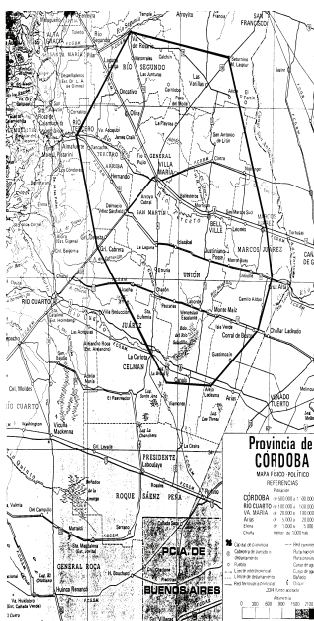
(que alguien se encuentre con otro u otra, la mayor parte de las veces favorece guiños más que certezas o precisuras)

Guillermo Daghero,
en Córdoba



viento much
ob!
traducible in traducibles des ai
res
en pamp

ab!



vien tos nerviosa líneas letras tachas que tachas
de líneas sub rayas tar ta mudeas un a zona

sombreas fantasma mas sobras manchas tinteas

borras

~~pampa~~

borras

~~pampa~~

borras

~~poemas~~

tachas

qué tachas? qué tiras?

una "poubellication"
una lontananza

_ armas en el aire

_ pampeas

i ma i

i pa i

_ mapeas



Mar Chiquita

Once días nos fuimos a la orilla de la laguna hipersalada de Mar Chiquita en el primer verano juntos. El pueblo se había corrido de lugar para sobrevivir a una gran inundación. Pero todavía en las paredes del albergue, en una línea que dividía al medio la altura de la pieza en donde estábamos, se notaba el sello que la sal indeleble había impreso antes del reflujó. La pobreza, el escaso turismo de esa llanura, la misma naturaleza ambigua de un mar que parecía recordar la precariedad del mundo en el que hablamos, todo habrá contribuido para que el hotelcito no fuera reconstruido. Y felizmente para nuestra economía juvenil, el precio también se remitía a otros tiempos, antes de la catástrofe. Ahí conocimos lo que significaba dormir y despertarse, reírse, no estar más solos, deambular por el pueblo desierto, emborracharnos diariamente. Los pájaros de la zona, que si se levantaran todos juntos desplegando sus alas contra el cielo lo oscurecerían, acompañaban con su paso ceremonioso, impávido el buen clima que nos había tocado. Y vi también qué frágil podía ser, qué fácilmente se podía pensar en la mentira interna y discutir. Pero en aquellos días sólo hubo abrazos, conversación, disparos de su cámara hacia las plumas rosas de los flamencos en una sola pata. Nos picaron mosquitos innumerables mientras inmóviles perseguíamos las siluetas egipcias por la costa de ese pantano sin dioses. Pero al final el rollo no se había enganchado y no quedaron registros de la aventura zoológica. Mejor

que así fuera, que nunca hasta el último momento de conciencia, de posible entrega a la reminiscencia del deseo que entonces encontró una acmé, culminación fulmínea, vaya a dejar de verla entusiasmada persiguiendo un rosado en aguas turbias bajo el cielo que ignoraba hasta la idea de las nubes. Y a la noche, después de los aperitivos verpertinos y siempre antes de una copiosa cena, nuestros cuerpos volvían a encontrarse. ¿Quién podría negar entre nosotros que el filósofo antiguo tenía sus razones para decir que el origen de nuestra sed habría sido una perfecta unidad, que éramos dos que nunca habíamos estado separados y había sido un sueño incoherente la vida hasta esos días? En las penumbras verdes del pueblo desolado de Miramar, había fiestas, bailes que anunciaban el sí que yo había dado y las aves sagradas volando a la derecha indicaban la salvación, un sentido que termina en la muerte, pero vale mucho más que esa nada porque sigue el címbalo tintineante de su voz. Tenía una bikini de color verde claro, su cuerpo bronceado era un regalo —¿inmerecido?— que se ofrecía solo, y su perfil se alzaba coloreado cuando ella tomaba sol de frente hacia las olas enigmáticas y desafiaba con orgullo la indiferencia del lugar. Podía marcar cada día un nuevo comienzo, las aguas destructivas se habían retirado y ahora era posible para mí pasar determinadas temporadas en su cálido albergue, porque ella parecía instalarlo aun durmiendo o pensando en sí misma, en su existencia.

Pringles

Toda la noche en ómnibus viajamos
a Buenos Aires donde yo buscaba
aplausos infantiles de jovencito inédito,
pero nos recibía il miglior fabbro
en su departamento tapizado de negro
con libros que bailaban y se descubrían
solos. Él ya tenía los pasajes
a la llanura discreta, nos quería
mostrar su pueblo natal, su antigua
casa materna. Soñando hicimos una “L”
que cruzaba los campos. En Pringles
lo recorrimos todo alegremente
y una tarde mientras vos te bañabas
fuimos a buscar algo sin saberlo:
ranitas, millones de minúsculas ranitas
como un río verde claro que cortaba
el asfalto. Nos bajamos del auto
y recogimos un puñado con el cuenco
de mis manos. Las pusimos después
en las macetas del patio pompeyano
y cuando vos saliste con el pelo castaño,
mojado, a respirar más bien el aire
de primavera que a decirnos “hola”,
nunca creíste en esos animales
demasiado poéticos para ser reales.
“Pero sí, sí, eran miles, la rima
es prueba” –te decíamos nosotros,
que podríamos haber sido padre e hijo
si la poesía fuese un pacto con la sangre.
Dormimos en la gran cama de hierro,
despertábamos con los hombros desnudos
cuando él venía a traernos bandejas
de desayunos campestres, abría
la puerta de la pieza de arriba y exclamaba:
“Ustedes son chiquitos pero armónicos,
parecen un kurós y una koré
pintados.” Y por la tarde hablábamos
casi tácitamente de la construcción
de una belleza, cuando no emprendíamos
el imposible puzzle de mil piezas
íntegramente verdes donde debería

formarse otra rana, arborícola,
en el arduo follaje. “A ver, Silvio,
¿por qué no nos lees lo que estás traduciendo?”
Y yo inventaba con mi poco latín,
mi menos griego, el poema de Calímaco,
vía Catulo, sobre una reina egipcia
que se cortaba el pelo para que el rey
volviese sano y salvo de la guerra.
El bucle se quejaba en el cielo por no estar
ya en la divina cabeza de Berenice,
que entonces eras vos, la chica incrédula
buscando en la sonrisa un eterno retorno
de las caras milenarias. ¿No será
eros lo que en tu imagen se admiraba
frente a las trece caprichosas sílabas
que enrarecían mi versión? Yo no podía
decirle entonces al poeta huésped
que en el pelo tenías una corona de oro
como la hija de Silanos, a la encáustica,
mirando bajo cejas bien marcadas.
El mechón era tuyo, lacio y rubio,
guardado de tu infancia, y el poema termina
pidiendo un poco de atención, tan sólo
que le permitan percibir el perfume
que sube desde el cuello, que el gorjeo
de las palabras en tus cuerdas de voz
no abandonara nunca este retazo
de nuestra unión jovial vista de nuevo.

Chile

Y si la chica, nieta de Vulcano,
no hubiese ido a buscarme en un avión
que cruzó la cordillera, quizás
no me habría curado del contagio
de la tonada extraña. El humo
de la ciudad parecía un simulacro
de volcanes antiguos que insinuaban
una cadena. Dos días la esperé
en el país de los poetas, inquieto,
hasta que abrió su cuerpo esa neblina densa.
Fuimos felices entre risas y el asombro

de todos esos jóvenes de nuestro idioma
que lo hacían cantar con variaciones
aunque algunos sonaran demasiado
solemnes escribiendo, pero qué bien hablaban...

En la playa visitamos al viejo suspicaz
que recitaba a Shakespeare en dialecto
sudamericano. Se burló del turismo
y de los versos grecolatinos, que eran
todavía y siempre míos. Ese humor
antimonumental no podía entender
el trágico nonsense del bronce que envejece.

–Falta tu librito –te dijo a vos
con aire donjuanesco a los ochenta años.
–Yo no escribo poesía –contestaste. Y después
del pescado sabroso junto al mar, el vino
abundante, los chistes literarios, tu negación
era la verdadera antipoesía, la vacuna
para el virus pretencioso y el síntoma
de querer durar. Nunca se sabe
apreciar la euforia auténtica, el instante
precioso: cuanto más lejos parece
es cuando está más cerca. Ella –
que ahora sos vos– diez años
antes era una lámpara legítima
en el turbio hueco de piedra pómez
de la poesía reciclada. Hasta la espuma
de nuestros vasos, que el viejo chileno
insistía en llenar, era tu chispa
brillando. Recordabas la cuna
de algún ancestro bajo el volcán diciendo:
“siempre es posible morir jóvenes, que el abismo
responda de una vez, ya va quedando
poco tiempo”. La ansiedad se iba
con la imagen de un escritor que ríe
y al mismo tiempo posa. Al final
de aquella tarde vimos a otro de barba
patriarcal abrazándose a un efebo
que escondía del resto. La noche
traería sus piscos y la charla
y la alegría eterna –sí, “eterna”
es la palabra– de volver al hotel
donde festejaríamos el viaje en raptos
y pensaríamos en ir a casa.

Carlos Schilling,
en Córdoba.

Sepultaría el mar junto a tus huesos
si tuviera el poder de suprimir
los paisajes que viste en este mundo
cuando yo todavía no era nadie,
y construiría un muro entre tus ojos
y el cielo estrellado para darle
a tu mirada una lección de sombras;
sí, te quiero encerrada, enceguecida,
convertida a la fe que en mis deseos
se expresa y en mis actos se revela,
te quiero sin memoria, sin pasiones
extrañas, sin más vida que mi vida,
te quiero, ya sabías que te quiero,
y es justo que cambiaras tu apellido
por mi apellido y que tu nombre fuera
un tributo a mi nombre: nada tuyo
me pertenece menos que yo mismo
cuando escucho en tu boca mis palabras
y descubro mis gestos en tus gestos,
aunque ninguno pueda distinguir
quién es la luz y quién es el reflejo
en la figura que formamos juntos,
mitad hombre, mitad mujer, moneda
de dos caras y un único valor,
ahora que la arrojo, no a la fuente
de los enamorados, sino al aire
de esta noche que llega a nuestros cuerpos
desde el mar, mientras gira la moneda
sobre sí misma y tiembla su destello
fugaz contra el destello permanente
de las estrellas, antes de caer
a tus pies y mostrar que la fortuna
no se opone a la ley de gravedad.

Qué certera ilusión es la tercera,
después del sí y del no, después de ser
distinta a la segunda y la primera,
ya todo condensado su poder
en un punto de máxima tensión:
¡la espera! Cómo late por sí misma,
cómo vibra y se expresa en esta acción
de volverse... no sé... puro carisma,
puro fulgor... ¿Habrá manos mentales
que aplaudan sin ocultas intenciones
sus extraños efectos especiales?
Proyectemos las nuevas emociones
a un pasado posible (dame un beso
por la lección) y calculemos costos
y beneficios de que en el regreso
tus setiembreres se vuelvan mis agostos.
¿Cuánto me pagarías por amarte
si yo no fuese el yo de tus recuerdos
y en el todo de mí ninguna parte
mereciera el destino de los cerdos?
Te ayudo con la cuenta: dos más dos
son cuatro, tres más tres... Lo que se suma
también se resta al mundo que hay en vos,
de manera que el mar, y no la espuma,
acredite tu duda como deuda.
Podría financiarte, pero el cielo,
cariño, está nublado, el pan no leuda,
y en la próxima rima ya no vuelo;
sólo estoy contenido en esta espera
donde nunca me sobra o falta espacio
para ser tanto adentro como afuera
la voz que ahora dice más despacio:
qué certera ilusión es la tercera.

Gustavo Borga,
en Villa Nueva / Córdoba.

a Patricia

Cuando tu padre
con un palito
se limpiaba

la nariz
las orejas
los dientes

vos

con un palito

dibujabas
en la arena.

.....

Yo estuve la noche
que explotó
Los primeros poemas
los leyó sin inconvenientes.

Luego se trabó

Cambió de color
y comenzó a hincharse
como un globo

¡Va a flotar! gritó alguien

Pero no
Explotó y nos salpicó a todos
de mierda.

Susana Arévalo,
en Córdoba.

SIN GRAMÁTICA

Polvo avizor
alucinado
polvo sin metáforas
de reajo de rehén
Fuga de abismo
otra orilla en fuga
mi malherido amor
Todo es ficción menos la agonía
Ceniza
cicatriz en fuga
rumor zigzag temblor
Intermitente
polvo sin lenguaje
en prosa
sin ambages ni orillas
empecinado polvo sin gramática
El texto es el tatuaje
el estertor el género
Todo es virtual excepto la agonía
Rehén
del rocío rehén
del terror

VIDAS PARALELAS

El juego con el doble conduce al páramo de Maldoror.
El artista del trapecio, la condesa sangrienta, el idiota de la familia:
Nada que ver con la teoría freudiana del sueño.
¿A qué rasgarnos las vestiduras?
¿A qué extraviarnos en las sectas orientales?
¿A qué apurar hermano mío, el veneno más dulce?
El juego con el golem conduce al idiota del trapecio sangriento.
Yo no entro sin titubeos a la casa del ahorcado.
Al Mahabharata como a una abadía de peregrinaje.
A Capilla Impira al abandonar toda esperanza.
Al castillo de Duino en busca de un autor.
Yo no entro sin cabildeos a la mansión del embrutecimiento.
A Villa Diodati como si atravesara una ventisca de nieve.
A Cumbres borrascosas entre el solsticio de invierno y el equinoccio de verano.
No quiero entrar al cadalso como quien entra en una fiesta.
Al castillo de Silling como si fuera una forma de autobiografía.
Al Tao en letras de molde.
A las Iluminaciones como si no tuviera nada que perder.
A la urna griega al clarear el alba y al ruiseñor de Keats con lágrimas en los ojos.
A los glaciares del olvido desapasionadamente tuya:
no-realidad.

Silvina Mercadal,
en Córdoba.

17

La soledad fue para mí un hipnótico demasiado severo.
Hasta que apareció él. Las nupcias deliciosas que tuvimos
no fueron unas, tampoco únicas.
Cada noche, y también durante la siesta
hacía su propagación. El libertino visitante llegaba
se arrimaba con la luz, de lumbre hacía vislumbre.
Hay un olor nupcial en los corredores,
en la cocina y en el patio. Y el polvo del velo que arrancó
hasta la próxima primavera. ¿Será? ¿Se irá...?

Me abrazaste. No recuerdo más
que tus zapatos y el abrazo.
Tuve que hablar. Ya me despedía de vos
y de tu boca.

En memorial boca era atraída,
en patios, entre primulas mortuorias,
en flor. En su piel de lobo siempre regresa,
con un nombre secreto. Y no puedo saberlo.

De *Nupciario* (selección)

Mauro Césari,
en Paraná.

2: acidez de las manos en los libros/las líneas ácidas/cuerpo diluído espeso en Agua/ del puro asombro/ proceso pánico: el libro albinizante empuja /al invierno de los pastos/hacia allí (al ruido frío en los pastos): lo que no sé/aquello/que no es diente, que no se dienta/resbala en el viento/ lumínico le embarra/los ojos/a esa foto:le hace surcos/ para una siembra helada/le mete por el nombre semillas huecas. Pequeños fragmentos dentados.

12: Prisma de hábitos despóticos algunos/ sólo aceptan/ hablar/ en el registro/ de las coloraciones de/ izquierda a derecha siempre/ horizontalmente pero/ efecto/ del mimetismo el camuflaje/ rebota haciendo eco/ en las pinturas/ de los cuerpos crea indios-sonidos/ enterrerianos apilados contra el frío/ la fogata de los cuerpos/ en cáscara flotante van navegan/ en racimo/ y todo entonces cambia: la balsa/ de la medusa de río el río (el ruido)/ la quieta figuración que es ciega/ como un ciego al que le sacan fotos/ en ayunas ¡extraen/ un prisma de sus venas ópticas!!

(del librito-objeto: *Ya nadie quiere hablar de música conmigo*. Inédito).

Claudia Santanera,
en Córdoba.

Desvístase

Deje la ropa sobre la silla

Póngase la bata

El movimiento del verso puede registrar el movimiento de la mente en el acto de pensar /
sentir - sentir / pensar

No respire

Respire

No respire

Respire

Ahora en sombras

Se ilumina lo que está escrito

Lo que muestra mi cuerpo en el scanner

Los archivos

Las teclas

Los bocetos

Eliminar / cortar / pegar

Clic clic clic

puntos brillantes

Las letras

Las líneas

La memoria de la placa

Clic clic clic

No respire

Respire

No respire

Respire

El corte de los versos

¿Te acordás?

Nos reímos

Las pausas

Materia

Las mayúsculas

Las pausas en la mente

No encienda todavía: hay tiempo.
Ya puede encender, si quiere.
Alumbre un poco delante de usted.
Su mano ante la luz.
Aparte la mano
Y métasela en el bolsillo.
¡Chitón! Espere.
Apague.

No respire
Respire
No respire
Respire

Allí está cifrado el enigma.
La escritura es borradura, arena y agua escritas, pero asimismo imago tatuada en la coraza de la tartaruga.

¿Qué es, quién es esa criatura tan extraña y circular
como una moneda posada sobre una hoja de rosa acuática
que la sostiene en su ranura de alcancía de agua?

No respire
Respire
No respire
Respire

Formamos en hilera
Las batas blancas
El culo al aire
¿Y si fueran las piedras, las que de veras conocen el camino?
No logramos imitar su sencillez
Su peso
La hendidura en la tierra

.....

De la serie - *ensayos salvajes sobre poesía* – sampler 2007

1. Miseria

“Mantuve en mi mano largo tiempo el auricular. Dios mío, por lo menos el respirar de una mujer”. Los posos del café, el cubo de basura, el filtro limpio donde colocar tres cucharadas. Lo que puede ofrecer una persona por un calabozo, y sentirse él mismo un soliloquio. Al pie de un muro el movimiento se invierte: “la descripción de sí mismo da paso a una vida abierta y aclarada”. En ninguna parte un lugar de reposo. “Este mundo”, decía Lartichaux, “fue dispuesto tal como debía ser”, dice Shopenhauer, “para poder existir”, agrega Alfred Kern. Hay una voz baja y se escucha tararear *Tantum Ergo*, aunque sólo masticaba: “irresponsable”, “burgués histérico”, “miserable”. Se trataba de un niño, sabía cómo dirigirse a él. Lo que no concibe es imaginar que un huevo perjudique a un niño de un año. Ahora se sentía psíquicamente sano, sólo que algo nervioso. ¿Quién no quisiera pasar por un hombre y encima parecerse? *Ad absurdum*, y se hace añicos. Canetti: “o sobreviven todos o nadie”. Esto califica de circular a cualquier mutación de fuga. La cosa histérica no logra escapar de su encierro, y de todas maneras nos recluimos tanto tiempo en un centro que al final quedamos quietos. O ser como Pascal, el explorador por excelencia de la miseria humana. Y bien, ¿qué sería del orden cósmico si uno respondiera sobre qué está pensando ahora? Las masas cerradas del pasado, de las que volveremos a hablar más adelante.

2. Una guerra

También habían ido, pero no de esa forma, noche tras noche, en una kermesse sin fin, imaginando el espectáculo que estaba a la vista, hasta el momento que ella decía que no tenía sentido decírmelo, porque las obras modernas hacían que uno se desvistiera, y se fuera con todo lo puesto a la cama. Así la luz encendida en la mesita ídem, donde había una mandarina pelada para cuando volviera. Nadie me acompañó a tomar el micro aunque escuchara cada uno de sus pasos. “En realidad, nunca estudió. Era un chapucero”, decía, y me ganaba el anochecer. Quizá se alegró de que fueran mal las cosas. Solía repetir lo difícil que era para una mujer estar sola en el mundo con tres niños (uno doble). Ahora plantan un espía en casa, pero ya se había desembarazado de golpe de una *au pair* y ese espía, decidida a no dejarse arrastrar por la guerra. En mi presencia no la mencionó; no sabía qué hacer con ella; y como no conocía el odio admitía cualquier postura. Y bien, es la representación de “lo que se ve”, todo muy elástico. “¿Es así?”; “Sí”; “¿Cómo lo sabés?”; “No hay niebla, lo veo todo con mucha claridad” (Wittgenstein). Porque conjetura que no hay razones para la conjetura; lo natural es pensar en lo que vemos, dijo Ludwig; decía. La había tomado como un hecho. Sin embargo este patriotismo es inmaduro, porque ella era más importante que toda la Argentina.

kanto de-jeneral degeneräu

‘¿Qué es la poesía sino un exceso de palabras?’ / anónimo

po`ë-xía in si dental a propósito de un (eterno/nuestro/¿fallido?) des-enku`entro

1. me kago en ladinoamérica
en latinoamérica
en letrinoamérica
en laxinoamérica
en laputamérica
me kago en l`eterna américa
con sus xanxos y sus zambas
sin rayuelas sin ralla-duras ni rayaduras: américa es un grito vacío
me kago en la poesía
en el dios de los po`ëtas (de mierda)
de los continentes (de mierda)
de los países (de mierda)
en la porkería en la filosofía
y en la kagada de xer o no xer funcionario
argentino bolincho rapâi
paragua chiloka mexika
nikaragüensis
nambré

2. me kago en yankilandia con ww e internet inkluí
-2 me kago en el idio ma idio ta de kreer ke la verdad
es de quién la ostenta
me kago en sataná en sus ovras
y sus ponpas gracias graxias por la bilis
por la kagadera por el hartazgo inmenso
in-umano de no xer un huevo un karajo
pendejas pendexos (s)umidos kogidos kuã-drados mierda de kolores mierda xika me kago
y me niego a kagarme
en tanta mierda mediokre agurrida hôstil insulsa
prefiero el lsd de los simios la diktadura
las matanzas de la konquista
me niego a defender a los venezuelanos
aldeanos marsianos proustianos a fidel neruda lópes vorjes & cia & troupe inkluida`s

3. me niego a no ser eternamente nadie
en esta nhada podrida profunda infame
medio latina medio negro medio yndio
no tengo tiempo para lamentos
para lapidaciones en massa
estoi harto hundido rebenke reventado
hasta la mata hasta el kan-san-siiiiio
ya me kaguê en bos y todos tus akólitos
de una eurotizidad mâ imvé@sil q'el kalvario
más inútil que la cocacola
más raska que nosotros mismos...
añarakô patoruzû perurimà araka'evè
(de-en) biban los xantos kulones kul tores del temwore'i
en esta esquina rosada del kolakso... tupî aimara english
¿sokete? xau xinos yndios russos mussas gytanos ytaliannos katalanos portuguessis pon-go
mi boka y mi kulo a buestro ser-vizio
a buestro/nuestro enku'entro enkubierto
de-jeneral degeneräü marikales komandanchis kapitômes
generäiz de-la-de-rrota kuras me-olbidava kanarios antillanos sin confesión hasta los
pingüinos del ártiko chillan farrean patalean kantan (erè erèa) amérika: no me hagâis reir
(que se me parte el labio leporino)
¡abran karajo!
la poesía soy xô.

Emma Villazón Richter,
en Santa Cruz de la Sierra.

Del círculo feliz

¿Cómo
podemos
alejarnos cada día
de la casa de los padres,
del círculo de lo feliz?

Es como si abandonáramos
poco a poco a un niño
caído tras una gran tabla

¿A qué se reducen los gritos de ese niño
en cualquier biografía?

Yo sólo sé
que se nos reparte sin descanso
entre la boca de la noche
y la boca del día

Y de esa lujuria resulto menos que una sombra,
menos que el pescado que será comido
en familia. Me da miedo caminar con la luz.
Es muy peligroso dar un paso y luego otro.
Es como si avanzara
hacia un punto difuso
sin retorno.

Lo que digo es que hay que pensar
antes de mamar de las tetas de la luz.
¿Hacia qué brazos y rostro
nuevamente ficticios -escriturales-
nos dirige en estos momentos?

¿A qué reducirá los gritos del niño
en mi biografía?

¿Hasta cuándo
nadaremos bajo sus olas,
buscando las palabras
y defendiéndonos?

Baile con mueble

Una época caminaba por mi casa
diciéndome “no me dejes”, “no me dejes”,
mientras veía el cemento que huía de mis pies.
Repetía eso en cada rincón,
como si fuera parte de un conjuro
de uno de mis juegos de niña.
Una diversión solitaria,
como esa que tenía de maldecir
mentalmente a los otros,
enviarlos al infierno y luego salvarlos
con un ancla de remordimiento y placer.
Solamente que cuando
entraba a las habitaciones, con el atardecer
en las mejillas y esa súplica
confusa sin destinatario,
yo ya tenía veintitrés años.
Había leído sobre un joven Cadou
que decidió autorretratarse como un mueble
porque el lenguaje no le alcanzó.
Había leído, había leído
y por las noches
me soñaba bailando con él,
apretada a una de sus patas.

Roberto Echavarren,
en Montevideo.

El expreso entre el sueño y la vigilia

“Sígueme, dijo uno, hacia el mingitorio
y luego, en vez de orinar, nos tiraremos a la piscina
para respirar mejor. Soy osado.”

Se me adelanta
y la corriente lo lleva a un costado del río
mientras otros, cada cual frente a una rama o un tronco,
se ejercitan bajo metros de agua.

La primer pulseada, la primer banana
desciende por el perfil del río.

“Ven, aquí nos tiramos mejor.”

Y la paz, el primer poema,
se transparenta en el agua y la luz.
Aquí estamos entre algodones embebidos en tinta.
El tilo se ramifica contra el aire de plata
y tu fe en el día crece a medida de los resplandores.
Un perro duerme, respira con un jadeo suave.

A las primeras luces
tus sentidos frescos aún no se han esponjado.
El soplo al socaire apenas me despierta,
después otro trecho de sueño.

Los caboclos protegen este principio de día
y los muertos, en silencio esponjado,
también están vivos.
Callamos para no estrenar sino la paz y la vigilia incierta.
El coche se va, queda un chisporroteo dentro de la luz
y el tic tac es parte de la paz.

Se han calmado la sed y los sufrimientos del cuerpo.
En este pulmón de raicillas
la frescura atiende el cuerpo de nadie,

la vigilia de los muertos y el anónimo mamboretá sobre la ventana
del avión a la hora del desayuno.

Pero ese ladrido que no escucho
es un fondo de sombra que se excava en la sombra,
y ahora unos cascos de caballo llegan lentos
con el carrito que recoge desperdicios,
el escape de un autobús tintinea en los vidrios
pero no escucho nada en el principio de todo.

Basta beber del embebido algodón
o absorber por las narinas la paz que no comienza.

Antes, cuando buscaba escaquear lo que escribo
y tenerlo en colecciones ante los ojos
dejaba de escribir por temor a no completarme
y dormía a la madrugada con el sopor del olvido.
Ahora escucho lo que escucho a la hora,
un enturbiado arrebato de grullas en el patio.
No hay otra falange ni otro dedo que golpetee en el caño
y lo que estaba es la paz que se adormila
y la cabeza sobre la funda fresca.

Nadie explica aquí todos los ruidos.
El mezzogiorno está muy lejos.
Se vuelca, sobre las paredes del sueño, la tinta.
Giramos en el cubo de la penumbra
y ya ahora y sobre esta cinta
chirridos se ajustan y el perro despierta.

Pedro Granados,
en Lima.

Poema en pampa

Todo quieto y listo
Y pura sensación en paz
Como ahora
Un cubo deshabitado,
Sobrio
Y de aroma a maderas
Pero fruto de las sombras
Y de las luces de los días
Al descubierto
Infragantis
El viaje, el regreso
Y la espera de esperar
Ave metálica al interior

De ese cubo bendito
Alboroto estridente
Y no menos invisible
Entre aroma a maderas
He de morir, he de despedirme
O al menos he de emprender
Algún tipo de viaje
Vagabundear un rato
Por lo que somos
Así me mira Germán
Y me contempla
Mi amorosa madre ya

Desaparecida
Ave de alas al tope
Entre los ángulos de mi cubo
Ansias de amor, desasosiego
Ante la ausencia de ventanas
Tú eres mi ventana, la paz,
La bienaventurada alegría
En este mundo
Y la rueda, el aspa,
El salto al vacío

Que somos
Al interior de tu cuerpo
También ingrávido
Y lo leve
Apenas se resiste
Fui un poeta entretenido
Por la piel y su sabor
Y tus morenas y cálidas manos
Que tientan todavía
Las pulgadas de mi ser tornadizo
A tus caricias
Sensible al aura de tu espera
Flor de mirada abierta y fecunda
Quizá no sepa morir
Quizá decepcione
a último minuto
Metálica ave incómoda

De pico y garras
Contra superficie tan bruñida

Del cubo

De hombros y espléndida cabeza
Ante lo pesado del mundo
Por dentro

Ronald Kay,
en Contulmo / Wuppertal

C O R R A L 1 9 6 6

(Puerto Austral asolado por el cataclismo de 1960)

Donde el vendaval toca rojo el mudo badajo
de la carnosa campana de un gladiolo y arrastra
desde el mar, pesadamente, encima de la fiebre
verde de los helechos y fría su herrumbrada
cadena de sal, su caliente víscera, ahora,
de la que viscosa y negra sangra y suena un hedor
a congrio descompuesto, de manzana un áspero
sudor, su turbia agua y lúgubre donde pútridos
cascos se golpean de madera que humedece
la marea, mástiles rotos, muelles hundidos,
que en su gastado pulmón, su boca gangrenada
repara con su aliento de removida tierra
como al zinc resquebrajado y derruido de un techo
y herido por el trizado vidrio y vacío entra
a deshabitadas alcobas enmohecidas
a abandonadas buhardillas, a sótanos sucios
donde retumba y se estrella su queja enronquecida.

No es un lugar, ni una hora y, sin embargo, mi carne
tu presencia, nuestra patria, un estado perenne
carcomiéndose, aquí, en Corral donde naufragaron
ayer el mar y lluvia y esta tierra eternamente.
Ahora al subir por los enroscados callejones
y al incorporarnos al silencio de los rostros
que nos miran como si casi no existiésemos
detrás de ventanas atestadas de macetas
o desde un azadón o de un almacén vacío
es como si algo supieran que desconocemos
como si poseyeran la muerte como un arma
una herramienta con que en cada día se cavan
su morada, como si en sus ojos se asomara
el mismo mar y la misma tierra buscándose
en su incontenible y constante naufragio, es como
si fuesen una ausencia permanente siguiendo
al marido, hija o abuelo idos, y los mensajeros,
a la vez, que nos guiaran a nuestros túmulos
mientras nosotros tratamos, no en vano, deletrear
la efímera rosa que nos une para siempre.

Aquí es solo un muro desmoronado, pedazos
de porcelana o tu cabeza sobre una tumba
inclinándose y ahora es una madera corrupta
un viaje inexorable por lápidas tumbadas
por el oscuro aroma que sube de los muertos
desde un sarcófago o un caballo pastando en medio
de las cruces trituradas o el mar que circunda
este camposanto y devora con su inmanencia
nuestra mirada como un agua infinitamente
desatándose, y se necesita la ceguera
de los días futuros y el granero y las anclas
del antaño para saber entre tanta piedra
dislocada la ruta y el destino o simplemente
comprender de nuevo mi mano en tu mano o la hierba
profusa que pisamos. Son grúas desprendidas
son calderas abolladas, ruedas son por aquí y allá
enormes estructuras de fierro retorcidas
tuercas son, engranajes oxidados que incrustó
de la usina cercana el oleaje en el costado
del cementerio que se desplomó, piezas de proa
entre las urnas desparramadas y sepulcros
y son ahora los gansos que buscan su comida
en medio de las ruinas, hortensias y tus pasos
y es el verano en que nos hundimos con la muerte
en la boca en búsqueda de sus frutos al irnos
lentamente por esta playa en tanto que el viento
se enreda en la bandera que sobre la reliquia
imbatible de un fuerte español se agita y lucha.

a j. c. b. o.

VISITAS AL POETA DEL LUGAR,

el poeta vive afuera, en las afueras del lugar (alguien habrá [ilegible] en los extramuros rusos, o allende cajamarca, albamarca – la pampa).

cruzas chacabuco, ushpallajta la traviesas antes, te entierras cuando das con el pasaje

mendoza

y stieben, ¿qué es esto, *stieben?*, solicitas al baqueano

de la dispersa (pampa, antes evita, te agencia el susodicho antes).

2.

el poeta del lugar te da la mano. lo acompaña una mujer tan bella como austera laura o beatriz o matilde o kodama (el poeta tiene sus años). bromea. indaga proveniencias. de aquí al lado, se adelanta el baqueano.

de acentos destinos y a veces de voces hablamos, cordilleranas, mistral y al alero de general pico, casi colega de rokha, violeta parra (más tarde habrá venido hasta nosotros rimbaud, allende, el otro pablo, dylan thomas, la vecina del toay – ¿por qué no borges ni vallejo ni girondo ni huidobro ni *extracción de la piedra de locura* ni *cadáveres* ni *recorrer esta distancia?* – y una que otra sinécdoque telegráfica mateada al punto, raya a raya).

3.

el poeta lee un poema y luego otro, como quien echa la suerte entre gitanos en la palma de su siniestra mano: te

estuve

yo

quemándome

en

tu

agua. aceza. no da más. y toma

agua. y lee (entre

el amor y entre la pena) otro más arcaico, su-

yo: la flor conferida

de infancia en infancia, su yo dado ex-terminado, ¿curado?, etc. ya me parecía que eso era mío, consiente. todos los poetas son chorros zorros, hoy es decir la perdiz – oyes los médanos silbar: “el tercer vuelo termina aquí”.

4.

el poeta del lugar no escribe más. me chorearon la inspiración y los derechos de autor en lo inhóspito (una muchacha de antaño aún guarda mis legajos en un cofre bancario). si me citan no me citan. si me editan, me editan. ¡ni meditan! sólo agradezco a quienes se abandonan con desmesura (una máquina de escribir, un vino fino, un temple vil) y/o se internan por estos silábicos médanos a matear; ¿me deletrea su apellido?, ¿wi-wa-ka-wiñ?

5.

no recuerda. bien. gajes. parajes. circunstancias de escritura. circunscrituras. la escritivisión de tal poema. tal libro. o cómo se dio su obra. o cómo cedióla. o quién guarda tal o cual original. apuestas que no es olvido a olvidar. soy poeta de memoria, dizque al pasar.

5.1.

al pasar desmemora y es tan intensa su desmemoria
que muda a tiempo de lugar, permaneciendo
en un intervalo tan irreconocible como abierto – temporal solar.
¿efecto nomás de violencia síquica, verde
farmacopea, o es que llega a un punto
el poema
que tanto como guardar prescribe abandonar (abandonar guardar)?
hoy es la palabra *ñiri* y ayer *arcaica* y *balada*;
arde de entrada la palabra *caldén*
y la palabra *arde* y la palabra *palabra* a su vez.
poeta del lugar, atópico tópico de ayer — ¿in-
fancia cada vez por nacer?

7.

poeta del lugar, lugar
común decirlo ahora, cómo no, no ha lugar. salvo,
salvo en pampa, warawara-
pampa, *loco incitato*, inverso, de cierto,
polar arriba, ushpallajta — polvo es-
telar.

Marcelo Villena Alvarado,
en La Paz

Sea ahora cuesta, ahora llano: un delicado trabajo de matices

a Soledad Ardaya

Cela n'aurait évidemment aucun sens s'il en était autrement. Tout a été étudié, tout a été calculé, il n'est pas question de se tromper, on ne connaît pas de cas où il ait été décelé une erreur, fût-elle de quelques centimètres, ou même de quelques millimètres.

Pourtant je ressens toujours quelque chose qui ressemble à de l'émerveillement quand je songe à la rencontre des ouvriers français et des ouvriers italiens au milieu du tunnel du mont Cenis. (G. Perec, « Les rencontres », Espèces d'espaces)

No adelanto ninguna hipótesis, aunque sin duda abrazaría como axioma lo que Guillermo Daghero incide desde el quechua: “pampa” como *llano, llanura, llaneza... sitio de en medio, lugar de encuentro*, y “escritura en pampa” como *expuesta a la intemperie... casi enteramente fuera de todo familiar adentro... en la carencia extrema, sin haber nada (en) propio, sin identificación asegurada de antemano...* Tampoco ejerzo ninguna comparación, ni siquiera la que impone la lengua cuando habla de llanura de mucha extensión, cubierta de yerba, o no, e inevitablemente recuerda la original consubstancialidad del surco y el trazo, de la caricia y el trabajo del brazo en el bustrófedon. Tan sólo me muerdo los labios, como quien dice; sí, como quien dice queriendo recorrer la homología que dispone el enunciado “escrituras en pampa” de considerarse, además, la glosa que ofrece Bertonio desde el aymara: “pampa” como *el campo, o todo lo que allá fuera del pueblo, ahora sea cuesta, ahora llano. Todo lo bajo respecto de la mesa, la tierra llana...* Sin tesis ni metáfora, entonces, sólo el conjuro de algunas suposiciones en pos de un perfil de correspondencia: puesto que biológica, química, sintácticamente, hoy, en “escrituras en pampa” la pampa ocupa el lugar de cierta escritura; está visto.

La primera suposición, no es que allí esté demás poner un orden, es que *ya no hay*. *Pampa haque : vel. Purum haque*, acota Bertonio, *uno que no está sujeto a nadie, que vive a su libre albedrío*. Las tejedoras de Chukihapi, Bolivia, lo recuerdan a Denise Arnold (*Mama trama y sus crías*) a propósito de las correspondencias entre el tejido y las chacras de papa. La pampa es el paisaje que vemos a la distancia, dicen, donde pastean los animales y crecen flores y arbustos silvestres: una tierra no dividida en chacras, un espacio indiferenciado. También en el tejido, donde junto a los diseños multicolores (*salta*) alternan las pampas de los bordes y la del medio (*taypi pampa*). Se trata de una franja de tejido liso y plano, de un solo color, teñido o natural, que sin embargo debe dar gusto ver. Es como la tierra que miramos, dicen, la madre o matriz (*tayka*) del tejido. Por eso se llama *salta* a las figuras de los diseños, porque “saltan” desde la pampa: como por debajo, literalmente sobresaliendo desde la trama.

La segunda suposición es que *nada podría decirse*. Ni siquiera platónicamente, pensando la pampa como ese receptáculo o soporte de todo devenir ($\chi\rho\rho\alpha$) evocado en el *Timeo*: ese que por defecto o por exceso desarma la oposición y el paradigma (la polaridad de lo inteligible y lo sensible, del modelo y la copia, del logos y el mito, etc.). La polaridad del sentido, fi-

nalmente: pampa sería el lugar de lo insensato (*Pampa haque*, insiste Bertonio, uno *que vive a poco más o menos, sin consejo ni prudencia*). No por lo de caos primordial o materno, sin embargo, informe, salvaje. De un solo color, eventualmente teñido, el desafío que impone la pampa sería más bien el del *τριτον γενος* (tercer género, en todas sus acepciones): el de nombrar, precisamente, eso que no es esto ni aquello, y que a la vez es esto, y aquello. Sea en cuesta, sea en llano, subraya Bertonio, fuera del pueblo pero también debajo de la mesa, como mostrando sitio y acecho de familiar extrañeza, de exclusión pero también de íntima connivencia: bajo la cama, por ejemplo, allí donde la niña que fue esconde su vuelo.

La tercera, finalmente, es que *ya nada se le parece*—suposición que destituye toda posibilidad de vínculo. De ahí la necesidad de imaginar, técnicamente, según el modo de la unción. Tal el *preparado de yeso* que Blanca Wiethüchter describe por interpósita persona en las acuarelas de Ricardo Pérez Alcalá (*Los melancólicos senderos del tiempo*). Aplicado *como fondo de leve espesor*, dice un tal Rodrigo Abel Bloomfield, dicho preparado transforma el comportamiento de los materiales. No pudiendo penetrar en la masa de yeso, los pigmentos y la goma tampoco son absorbidos, ni tragados, ni confundidos, ni opacados. Al contrario, el preparado libera un delicado trabajo de matices cuyo resultado es *una factura aun más transparente y fina que la acuarela sobre papel*, una *crystalina textura* que destaca y preserva la singularidad de los elementos y la del cuadro en su conjunto; tanto que resulta difícil capturarlo en fotografía, *pues la incidencia de la luz traspasa la capa de pigmentos al rebotar en el blanco del yeso*. En la pintura de Pérez Alcalá, la pampa no sería mera superficie transparente, por lo tanto, sino factura de lo diáfano entendido técnica y aristotélicamente como potencia y acto del color, como color en potencia y ámbito de lo visible (Didi-Huberman): color acontecimiento que luce la causa de su propia visibilidad, el pigmento y su travesía.

De estas suposiciones se deducen y desdican, en cadena, algunas proposiciones.

De que nada se le parece, se concluirá que no hay más que desemejanza; y de ahí, que no hay relación alguna, que ninguna relación puede definirse. Se concluirá en la impropiedad o herejía (Roubaud) y en el axioma que dice de “escritura en pampa” como *en la carencia extrema, sin haber nada (en) propio* (Daghero). Platónicamente, se concluirá también en ese lugar que da lugar, que no da nada dando lugar: un don más allá de la deuda (*Pampa haque: uno que da todo lo que le piden, aunque no hagan más que significarlo*) y una impropiedad que no es nada, que no recibe, que acoge y devuelve las propiedades de lo que recibe. Ausencia de soporte o la ausencia como soporte, tal el preparado de yeso logrando *un tejido finísimo que mantiene la frescura del color de agua y la independencia de las veladuras que ya no se fusionan, pues mantienen las diversas tonalidades aplicadas a tiempo de mantener la transparencia de la acuarela y su posibilidad de palidecer cuando sea necesario*.

Si todo se suspende en el punto en el que surge un desemejante, si de ahí algo, la pampa sería también algo negro: un hueco, el seol, lugar del que no tiene nada en propio, preparado donde los matices se encuentran *como seducidos por un llamado interior de similitud, como si lo que uno tiene del otro se extendiera, atraído por una necesidad invisible*. Por la simple reiteración, *ya no hay*, los todos se deshacen en su tejido abominable, ciertamente, la realidad: *Pampa ondulada también es la definición de cerro*, cavila un tipejo en *Cantango*

por dentro, novela de Julio de la Vega, *igual que la de pampa un cerro aplanado*. De ahí que algo negro se vuelve a cerrar sobre sí mismo, reversible, diáfano: algo así como una deposición pura, incumplida, inacabada; algo así como un disparo, un trazo y un revuelo en donde devora la niña que fue.